

Rob Hart

Asesinos anónimos



AdN

**Rob
Hart**

Asesinos
anónimos

Traducido del inglés por Puerto Barrietabeña Díez

AdN

Título original: *Assassins Anonymous*

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



ASSASSINS ANONYMOUS © 2024 by Rob Hart
© de la traducción: Puerto Barruetabeña Díez, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-62-9
Depósito legal: M. 13.222-2024
Printed in Spain

Este es para mí

«Todos los problemas del ser humano derivan de su incapacidad para estar a solas en una habitación.»

BLAISE PASCAL

1

«¿Por qué una oruga se envuelve en seda mientras se transforma en mariposa? Para que las otras orugas no puedan oír los gritos. El cambio duele.»

RORY MILLER, *Meditations on Violence*

Lower East Side, Manhattan, Nueva York

En el presente

La adrenalina es el mejor analgésico. Su efecto no dura mucho, pero en pleno arrebatado violento, cuando una bala te atraviesa las entrañas o un cuchillo te raja la piel, es sorprendente lo poco que llegas a sentir.

Además, altera la percepción del tiempo. Para la mayoría de la gente, cuando el dolor brama para llamar la atención, como un bebé muerto de hambre, todo se convierte en un caos de extremidades y gruñidos. El mundo parece moverse al doble de velocidad de lo habitual mientras tú ves cómo se desata el infierno desde fuera, como si estuvieras suspendido en el aire, flotando sobre tu cuerpo.

Pero cuando llevas años dedicándote a esto, como me pasa a mí, el tiempo se convierte en algo que puedes girar, examinar detenidamente y manipular a tu antojo. Y así es como acabas preguntándote cosas sobre ti.

Como por qué estás tirado en un suelo de linóleo frío, rodeado de los trozos de una mesa plegable poco resistente y cubierto de café barato y restos de donuts. O cuál de los pecados que has cometido ha provocado que apareciera ese hombre que te acaba de dar una patada en el pecho que te ha hecho salir volando.

Cuando me desperté esta mañana, pensé que no necesitaba ir a una reunión. Pero los días en que pienso eso son precisamente en los que tengo que ir. Así que me obligué a desplazarme hasta el sótano de la iglesia de santa Dimpna, en el Lower East Side. Es una iglesia diminuta, tan olvidada que hay quien diría que está abandonada, escondida en la zona salvaje que hay bajo el puente de Williamsburg.

Los detalles de la reunión no son importantes ahora.

Lo fundamental es impedir que este tipo me mate.

Es un tío muy alto, tanto que no puedo evitar preguntarme si tendrá que agacharse cada vez que cruza una puerta. Y diestro. No es corpulento, pero las venas de los brazos le sobresalen como las cordilleras en un mapa topográfico. Se le ve un tatuaje en el antebrazo izquierdo: un punto negro rodeado de otros cuatro, como el número cinco en un dado. Tiene una franja estrecha de pelo oscuro en medio de la cabeza, como la cresta de un mohicano, y el resto la lleva rapada. Va vestido con pantalones cargo, botas negras y un polar de color azul marino. Y reconozco esa mirada vidriosa y fría, porque la veo todas las mañanas en el espejo. Puede que sea ruso. No ha dicho ni una palabra todavía, pero esa patada, la postura y esa confianza casi arrogante me sugieren un entrenamiento en Systema.

Me levanto con dificultad y con cuidado de no resbalar con la comida que hay por el suelo. Está a unos tres metros de mí. Debería haber buscado dominarme cuando estaba en el suelo, pero no lo ha intentado hasta ahora. Lo que está ha-

ciendo es evaluarme, con una mirada de reconocimiento y entusiasmo.

Creo que sabe quién soy.

Lo que significa que está loco o sobrado de confianza.

—Podemos hablarlo —le digo, y miro los restos de comida—. Te ofrecería un donut, pero ya llevan en el suelo más de cinco segundos.

Él sonrío elevando solo la comisura izquierda de la boca y dice entre dientes:

—*Kozyol*.

Definitivamente, ruso.

En cuanto el insulto sale de sus labios, se lanza a por mí a toda velocidad.

Demasiado rápido.

Tiene tantas ganas de demostrar algo que no se ha fijado en lo que hay en el suelo. Tres zancadas, pisa un donut con glaseado de chocolate y resbala. Eso frena su impulso y me proporciona la oportunidad que necesito.

En rápida sucesión me agacho, agarro por el asa de plástico la jarra rota de la cafetera y lo ataco con el borde cubierto de fragmentos de cristal en un movimiento rotatorio dirigido a su pierna. Mi intención es alcanzarle detrás de la rodilla y cortar algo importante que lo incapacite, porque necesito saber quién lo ha enviado. Aunque tampoco es que pueda matarlo.

Y menos aquí. Este es el peor lugar posible.

Pero se aparta en el último segundo y no logro alcanzarlo por un pelo. Ocurre lo mismo con mis tres ataques similares siguientes. Busco hacerle cortes que no sean letales, pero él cuenta con una rapidez propia del mejor Bruce Lee y solo ves dónde empieza y dónde acaba, pero no lo que hace en medio.

Ya estoy agotado. Tengo los músculos cubiertos de polvo y telarañas. Hace tiempo que no me pongo al límite. Intento

cortarle la pierna otra vez, pero me lanzo con demasiada fuerza y pierdo el equilibrio. Él se impulsa, gira y me da una patada en un lado de la cabeza. Yo aprovecho la fuerza del golpe para hacer una voltereta en el suelo y volver a levantarme.

La adrenalina está haciendo su trabajo. El dolor está fuera, llamando a la puerta, pero la desorientación está dentro, instalada cómodamente y tomándose un té.

Apoyo bien los pies, esperando a que cargue. El cristal de la cafetera no es un arma eficaz, es demasiado frágil, pero algo es algo. Entonces, como no podía ser de otra manera, él se lleva la mano al cinturón y saca una navaja corta negra. Parece lo bastante afilada como para atravesar el blindaje de un tanque.

Otra señal de confianza. Podría haberme apuñalado en un primer momento; no lo he oído hasta que no estaba justo detrás de mí, y no hay en este mundo mucha gente que pueda alardear de haber conseguido algo así.

Pero lo que pretende es ponerse a prueba.

Mantiene el cuchillo detrás de él, donde no puedo agarrarlo para controlarlo ni quitárselo de la mano. Y ha colocado el antebrazo izquierdo lleno de venas por delante, para usarlo como escudo. Los cuchillos son peligrosos si están en manos de idiotas, pero no hay nada peor que alguien que sabe usarlos.

Está dando pequeños pasos para acercarse, valorando la distancia. Avanza un poco antes de retroceder, retándome a que intente cortarle otra vez. Yo he imitado su postura, con el antebrazo por delante y la muñeca hacia mí, para que no pueda alcanzarme en la parte de dentro, que es la vulnerable.

Estoy en total desventaja.

Lo que este tipo no sabe es que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para no matarlo, aunque la parte más salva-

je de mí ya esté rugiendo por las ganas que tiene de hacer justo eso.

Mientras él sigue haciendo su baile, yo aprovecho para respirar. Inspirar durante cuatro segundos, contener la respiración otros cuatro, exhalar cuatro más y mantener los pulmones vacíos los últimos cuatro. Me sirve para calmar mi sistema nervioso lo bastante para que pueda centrarme.

La cafetera no me sirve como arma, así que, cuando por fin decide atacar, se la tiro a la cara. Él se gira para protegerse los ojos y se tambalea un poco, y eso me permite acercarme agachado por su lado desprotegido e ir a por el cuchillo. Si puedo controlarlo, tal vez logre librarme de esta solo con unos cuantos cortes o alguna que otra punción leve y no acabe con esa navaja hundida hasta el mango en el pecho.

Consigo agarrarle la muñeca con una mano, le sujeto la mano del cuchillo con la otra y le empujo con el hombro para crear un poco de distancia y alejar el arma de mi cuerpo. A partir de ahí esto es una partida de ajedrez a ciento cincuenta kilómetros por hora. Si le clavo la rodilla en la parte de atrás de la suya, puedo tirarlo al suelo y controlarlo, obligándolo a que baje el brazo del cuchillo y utilizando mi posición ventajosa para mantenerlo ahí.

Pero es fuerte. Da un tirón enérgico hacia atrás, creando una oportunidad, y un momento después los dos estamos peleando por hacernos con el arma.

Mis dedos resbalan con algo húmedo y me cuesta mantener el agarre.

Entonces es cuando el efecto de la adrenalina me traiciona y el tiempo se vuelve confuso.

El caos de extremidades y gruñidos, una eternidad en un instante.

Él se aparta con cara de no poder creérselo.

Tiene las manos vacías. Pero yo también. Sé que el cuchillo no ha caído al suelo porque lo habría oído. Noto el corazón arrasado por la marea ácida del arrepentimiento.

Casi llego a un año.

Lo examino buscando el mango del cuchillo, esperando que sea una herida que no resulte mortal. Puedo aplicarle presión, llamar a una ambulancia, hacerle un torniquete... Lo que haga falta para salvarle la vida a este tío.

Pero no veo el cuchillo por ninguna parte.

Y él me está mirando el vientre.

Sigo su mirada y veo que el cuchillo está clavado junto a mi costado izquierdo.

—Oh, gracias a Dios —exclamo, y toco con cuidado los bordes de la herida.

Entonces es cuando aparece el dolor y rompe contra mí como una ola. Caigo al suelo. Ruedo para apoyarme en el otro costado y evitar que el cuchillo se clave más profundo. Todos los nervios de mi cuerpo cobran vida y el grito que no puedo evitar resuena en mis oídos.

Esa es otra cosa que tiene la adrenalina: es el mejor analgésico, pero no dura mucho.

Él se acerca a mí y pienso: «Ya está, se acabó». Me pregunto qué lo ha traído aquí, cómo me ha encontrado, por qué lo hace. Estaría bien que hiciera un bonito monólogo para contármelo, pero no parece de los habladores. Supongo que da igual. Podría llenar todo un estadio con la gente que me quiere muerto.

Y aunque no he completado todos los pasos, ni siquiera he llegado a las reparaciones; tal vez esto sea lo que me merezco: morir con dolor en el suelo de una iglesia.

El ruso se pone en cuclillas a mi lado y me cachea. Saca el cuaderno pequeño y gastado que llevo en el bolsillo del pecho, lo hojea y asiente. Parece satisfecho porque ha consegui-

do lo que venía a buscar. Entonces se agacha para acercarse a mi oído, tanto que noto el calor de su aliento, y dice:

—Muy decepcionante, *kotenok*.

Eso escuece. *Kozyol* significa «cabra», pero es más o menos la versión rusa de «cabrón». *Kotenok* significa «gatito».

Además, me ha apuñalado.

Y eso que, en general, este tipo es un gilipollas.

Me echo a reír al ver que mi ego es mi principal preocupación a pesar de que me estoy desangrando, pero creo que él no ha llegado a oírlo. Estoy casi seguro de que ya se ha ido. Ruedo para ponerme boca arriba y me quedo mirando los fluorescentes del techo, que emiten un leve zumbido. A pesar del dolor, me siento agradecido.

Morir con mi rehabilitación intacta me parece un logro.

Dicho esto, tal vez todavía tenga una oportunidad. Sale sangre de donde está el cuchillo, pero no veo burbujas ni huele a heces, así que es posible que no me haya atravesado los intestinos. Lo único que tengo que hacer es dejar el cuchillo clavado para que lo retenga todo en su sitio hasta que encuentre a alguien que me ayude.

El cuchillo es lo único que me mantiene con vida; es como contener lo que hay dentro de una presa con un dedo.

Oigo pasos detrás de mí. El ruso vuelve a aparecer en mi campo de visión y se despide burlonamente con la mano, moviendo los dedos. Después se agacha, agarra el cuchillo y le da un tirón para arrancármelo. El dolor produce una sobrecarga en mi sistema hasta el punto de que lo veo todo borroso.

—Hasta pronto —dice el ruso.

Me aprieto la herida con la mano.

La sangre caliente resbala entre mis dedos.

Esto no era lo que yo pensaba que me depararía el día de hoy.

Asesinos anónimos

El asesino más letal del mundo renuncia a la violencia justo cuando empieza a verse acosado por unos misteriosos agresores. En una situación de matar o morir, si la primera opción queda fuera de la ecuación, ¿qué podrá hacer para defenderse un asesino reformado?

Mark es el asesino a sueldo más peligroso del mundo. Su apodo, Caballo Pálido, infunde miedo en el frío corazón de todos sus rivales en cuanto lo oyen. Pero tras descubrir por las malas que la vida que ha llevado lo ha convertido en un monstruo, decide dejarlo todo atrás. Con la ayuda de su padrino, Kenji, se une a un grupo de exasesinos que se reúnen en secreto para apoyarse mutuamente durante su rehabilitación. Sin embargo, en medio de su proceso, alguien intenta matarlo.

Empujado de nuevo al oscuro mundo de la traición y el asesinato, herido y huyendo de Nueva York a Londres y de ahí a Singapur, tiene que resolver el misterio de quién va a por él y por qué. ¿La Agencia habrá considerado que sabe demasiado y que hay que quitarlo de en medio? ¿Algún rival se habrá atrevido a intentar acabar con él tras su decisión de dejar las armas? ¿Alguna de las miles de personas que podrían querer vengarse de él por fin habrá dado el paso? ¿Y cómo va a sobrevivir a esos ataques sin matar a nadie?

AdN

3655030

